

LA VOCACIÓN CRISTIANA



Colección “Raíces de la fe”

TOMÁŠ ŠPIDLÍK

LA VOCACIÓN CRISTIANA

Reflexiones útiles



Ciudad Nueva

Imagen de cubierta:
Fondo de arte abstracto.
Grthirteen / Fotolia

Título original: *La vocazione. Riflessioni utili*

2010, Lipa Edizioni
via Paolina, 25 - 00184 Roma
www.lipaonline.org

Traducción: *Javier Rubio*
Revisión: *Ana Hidalgo*
Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 20028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-339-3
Depósito legal: M-39.542-2015

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Presentación

En este libro estaba trabajando el cardenal Špidlík poco antes de morir. Dado el carácter del texto y el momento en que fue escrito, no es un texto sistemático sobre la vocación, que desentrañe todos sus aspectos y los presente ordenadamente, sino que, como bien dice el subtítulo, se trata de unas «reflexiones útiles» para leer y meditar.

Si la vocación es el canal por el que absorbemos la vida terrena y mortal en nuestra vida oculta con Cristo en Dios, entonces serán especialmente eficaces las reflexiones de un sabio anciano a las puertas de su encuentro definitivo con Dios y con esa identidad suya que nace de las aguas del bautismo. Tienen además el atractivo de estar escritas con el estilo fresco e inmediato propio del autor, en forma de preguntas, de diálogo, característico de otros libros divulgativos de Špidlík, como *Orar con el corazón* o *El arte de purificar el corazón*. Podemos imaginarnos a un joven planteando a un anciano estas preguntas que reflejan las objeciones, las resistencias y la comprensión restrictiva de la fe propias de

un mundo como el nuestro, que ya no es religioso. De ese modo, aunque la pregunta sea ingenua o esté mal planteada, permite reconducir a una perspectiva de fe desde la cual poder mirar mi vida y propone una pedagogía que, con un lenguaje sencillo y sabio, introduce los contenidos fundamentales del misterio cristiano y de la gran tradición.

En estas pocas páginas también podemos captar la actitud del padre Špidlík ante la vida, una actitud que en él nacía de la fe en un Dios vivo y personal, un Dios que no se puede encerrar en categorías racionales, sino que, en cuanto persona, es un misterio de libertad y amor que se revela en la relación: todo ser creado, todo hecho no es simplemente algo a lo que Dios da la existencia, sino que contiene el misterio de la relación personal que Dios quiere instaurar con nosotros. Por eso era tan importante para el padre Špidlík la vida y su primado para entender a Dios y la tarea que nos encomienda: para ello nos proporciona tiempo y espacio, nos pone delante personas, nos ofrece dones y talentos y nos prepara el escenario donde llevarla a cabo.

A los ojos de quienes saben contemplarla, la vida misma revela sus razones profundas.

MARIA CAMPATELLI

Introducción

«Si arrojamos una pizca de sal al océano, ¿dónde está? Pregunta inútil». Este dicho procede de los budistas japoneses. Al parecer se pronuncia cuando muere un ser humano para indicar que su yo se disuelve. Pero también podría pronunciarse en el momento de su nacimiento, y también en ese caso la pregunta sería inútil. Cuando nace un niño, las personas que están presentes se preguntan: «¿Qué será de este niño? ¡Que la mano del Señor esté con él!» (cf. *Lc* 1, 66). Desde el punto de vista filosófico y religioso, ya la sabiduría prebudista de la India se preguntaba por el sentido de la vida individual considerada en la historia global, dado el flujo de generaciones que se van sucediendo.

Desde esta perspectiva, la existencia del individuo parece simplemente el anillo de una cadena. Lo que importa y perdura es la especie, no la vida del individuo. Y sin embargo el hombre nace con el deseo de realizarse plenamente (*atman*). Pero dado que el «yo» no es individual ni autónomo, hay que esforzarse en armonizarlo con el «yo universal»

(*brahman*) y en consecuencia con todo el cosmos. De modo que el hombre hallará su propio yo en comunión con el Espíritu universal: la vida solo se vive en la relación con lo que la produce y la nutre.

Cuando nace un niño, las personas y el entorno procuran introducir al neonato en su entorno y asignarle un lugar determinado. Esto valía sobre todo en las sociedades preindustriales, en las que, cuando alguien nacía, ya formaba parte de una categoría preexistente a él y que perduraría después de él. Si eras hijo y nieto de zapateros, también tú serías zapatero, y tus hijos después de ti lo serían igualmente. Pero muy pronto el niño quiere hacer valer la independencia de su «yo». Ocurría ya en las sociedades tradicionales, así que figurémonos ahora, en este mundo nuestro caracterizado por una extrema movilidad y que subraya la importancia del individuo.

De este modo nos encontramos ante la necesidad de conciliar nuestro sentido de ser únicos e irrepetibles con el hecho de que dependemos de los demás y en cierto modo nos identificamos con nuestras relaciones. ¿Cómo llegar a unir estas dos exigencias contrarias? Ya en los tiempos antiguos vemos una fuerte tendencia a buscar una solución religiosa. Con ella se nos quiere convencer a cada uno de que las personas comunes no nos entienden, no se dan cuenta de nuestra peculiaridad. Por

eso hay que separarse de los demás y, mediante la ascesis, la oración y la meditación, llegar a un conocimiento superior. Solo así cada persona logrará encontrar su verdadera vocación en el mundo.

El budismo sigue esta misma tradición, pero deriva hacia una conclusión muy negativa: unirse con el Espíritu universal conlleva la anulación de la persona individual (*nirvana*), como hemos visto en ese dicho japonés. De ese modo también queda abolida toda causa de dolor.

Lo que pasa es que el hombre no aspira a suprimir el yo, sino más bien a realizarlo.

¿Y el cristianismo? Este enseña de modo explícito que la unión con Dios perfecciona al hombre en cuanto tal y conlleva una misión especial para él, muy particular, propia solo de él. El Dios de la Biblia es personal y mantiene relaciones dialogales con los hombres, creados a su imagen. En este diálogo recíproco crece y se desarrolla la vocación de toda persona, que es individualmente irrepetible y al mismo tiempo armoniza con el universo creado. Así pues, elegir la vocación forma parte del problema humano y religioso fundamental de cada uno.

¿Cómo se enfrentan a este problema los ateos? Al excluir la influencia divina, creen que refuerzan el yo humano. Pero pronto se dan cuenta de su debilidad en la lucha contra los obstáculos de la naturaleza cósmica y contra la prepotencia de los demás

hombres. Por otra parte, no quieren afirmar la impotencia del hombre ante un destino que determinaría su vida. En esa situación, buscar su vocación significa combatir. Este principio de vida lo profesa coherentemente el evolucionismo darwiniano, según el cual los más fuertes sobreviven y los débiles sucumben. Para animar a estos últimos, un poeta checo escribió: «Débil solo es aquel que ha perdido la confianza en sí mismo, y pequeño solo es quien tiene una meta pequeña». Pero, con un tono de noble exhortación, se añade que morir por los demás es considerado como una meta excelentísima.

¿Acaso los cristianos quieren debilitar una exhortación tan ideal? Al contrario, solo ellos se sienten capaces de revelar su verdadero significado. Pues constatamos que todos los hombres de una generación han de morir para hacer sitio a la siguiente, anulándose así en una especie de *nirvana* en el curso de la vida cósmica, a fin de no ser más que una pizca de sal arrojada al océano. Dice una canción andaluza que todo hombre nacido en la tierra lleva consigo la condena a muerte. Ante semejante panorama, ¿merece la pena buscar una vocación noble, o más vale gozar de la vida en el poco tiempo que se nos concede? La respuesta cristiana es convincente: estamos llamados a la vida junto a Cristo, que es luz y vida de todo y que ilumina y da la vida; hemos nacido de los